

mentos nos permiten concluir que para el momento histórico estudiado, y a través del desarrollo de políticas empresarias de vigilancia y control externo, las prácticas confrontativas individuales pueden potencialmente devenir en conflictos laterales entre los propios trabajadores. Por su parte, el análisis de las experiencias de resistencia organizada permite ponderar la importancia que tienen las formas institucionalizadas de representación gremial en los lugares de trabajo y su potencial utilización a contrapelo de las definiciones de la dirigencia sindical de turno.

Por último, damos cuenta que la forma en que las empresas finalmente consiguen diluir la incidencia de las expresiones de conflictividad laboral se apoya en el despliegue de 'nuevos' y 'tradicionales' dispositivos disciplinarios y, fundamentalmente, en la extensión de suspensiones y despidos en los contextos de 'crisis' coyunturales en los negocios empresarios.

## Juan Álvarez: una concepción no esencialista de la identidad nacional

*Santiago Javier Sánchez<sup>1</sup>*

### Resumen:

Juan Álvarez (1878-1954) fue un abogado, juez e historiador argentino nacido en Gualeguaychú (provincia de Entre Ríos) pero ligado a Rosario, en donde vivió la mayor parte de su vida. Sus principios liberales, influenciados por Juan Bautista Alberdi, lo llevaron a rechazar el gaucho y la idea de una esencia nacional argentina, defendiendo en cambio una concepción pragmática y material de ésta.

**Palabras clave:** Álvarez – liberalismo – nacionalismo – Argentina – gauchos

### Abstract

Juan Álvarez (1878-1954) was an Argentine lawyer, a judge and a historian born in Gualeguaychú (province of Entre Ríos) but linked up with Rosario, where he spent most of his life. His liberal principles, influenced by Juan Bautista Alberdi, made him to reject 'gauchos' and the conception of a national Argentine essence, defending a pragmatic and material idea of it.

**Key words:** Álvarez – liberalism – nationalism – Argentina – gauchos

<sup>1</sup> Licenciado y Profesor en Historia por la UNR. Becario doctoral CONICET. E-mail: javi\_san1973@yahoo.com.ar.

Sánchez, Santiago Javier "Juan Álvarez: Una concepción no esencialista de la identidad nacional" en: *Claroscuro. Revista del Centro de Estudios sobre Diversidad Cultural*, Año VIII, Nº 8, 2009, pp. 67-93.

### De la reticencia a la unanimidad

Puede decirse que las interpretaciones que ha merecido la obra de Juan Álvarez han oscilado entre la reticencia o el rechazo, por un lado, y los conceptos más elogiosos, en el otro extremo. Sin embargo, el balance final de todas las opiniones -muy numerosas, por cierto- nos habla de una valoración notoriamente más positiva que negativa.

Juan Álvarez, nacido en Gualeguaychú (Entre Ríos) en 1878, se radicó con su familia en Rosario, en 1890, cuando su padre Serafin fue designado Juez de Primera Instancia en lo Civil en esta ciudad. En 1898 egresó como abogado por la Universidad de Buenos Aires, y regresó a Rosario. Tras desempeñarse en su profesión, cumplir tareas administrativas en la Municipalidad, ejercer la docencia y alcanzar la judicatura, fue designado en 1925 Procurador General de la Nación, cargo que desempeñó hasta 1947. Durante este período, vivió en Buenos Aires<sup>2</sup>. Falleció en Rosario, en 1954, habiendo desarrollado una labor intelectual importante, innovadora y original en muchos aspectos, y centrada sobre todo -aunque no de modo exclusivo- en la investigación y la reflexión históricas.

Mientras cumplía funciones como Secretario de la Intendencia, dirigió el Censo Municipal de 1908, participó activamente de los festejos locales del Centenario de la Revolución de Mayo, y promovió la creación de la Biblioteca Argentina que hoy lleva su nombre. La Asociación Cultural "El Círculo", a ésta ligada, lo contó entre sus miembros<sup>3</sup>.

Durante las décadas de 1920 y 1930 Juan Álvarez buscó

<sup>2</sup> Los datos biográficos de Juan Álvarez los hemos obtenido de LOVELL, Alfredo, *Doctor Juan Álvarez Arqués. Fundador y primer Director de la Biblioteca Argentina*, Rosario, (mimeo), 1954.

<sup>3</sup> Para saber más acerca de las actividades impulsadas por esta entidad -conferencias y conciertos, principalmente- y la vinculación entre la burguesía rosarina y el espacio público local, ver FERNÁNDEZ, Sandra, "La arena pública de las ambiciones privadas. Relaciones sociales y asociacionismo en la difusión de la cultura burguesa: Juan Álvarez y El Círculo de Rosario (1912-1920)", en: *Revista Tierra Firme*, N° 78, Fundación Tierra Firme, Caracas, 2002.

una proyección académica nacional e incluso internacional, obteniendo la membresía de entidades de prestigio, entre las que se destacan la Junta de Historia y Numismática Americana -luego Academia Nacional de la Historia- y la Academia Argentina de Letras<sup>4</sup>. En 1919 se convirtió en Profesor Titular de Economía Política en la Facultad de Ciencias Económicas, Comerciales y Políticas, de la recientemente creada Universidad Nacional del Litoral. Este ámbito académico, el primero con que contó la ciudad, tuvo también como profesores a Ricardo Caballero y a Daniel Infante.

Álvarez integró además el Jockey Club de Rosario, la Liga Patriótica Argentina<sup>5</sup>, y entidades filantrópicas como la Liga Argentina de Lucha contra la Tuberculosis, la Sociedad Pro Cultura al Ciego, etc.

Como señala Mario Glück, Juan Álvarez es considerado hoy como "una suerte de prócer intelectual" de Rosario<sup>6</sup>, por todas las corrientes, pero en verdad esta situación no siempre fue así, sobre todo en lo que hace a su condición de historiador. Original precursor para muchos de la historia económica y científica en la Argentina, introductor en sus estudios de la historia regional, de una perspectiva federal y provinciana, y de un productivo análisis del pasado en función del presente y del futuro, fue sin embargo criticado por diversos autores.

En 1925, un académico como Rómulo Carbia<sup>7</sup> señalaba que

<sup>4</sup> Para el caso específico de la relación entre Juan Álvarez y el campo institucional de los historiadores, ver VIDELA, Oscar, "Algunas miradas sobre la obra historiográfica de Juan Álvarez", *Segundas Jornadas de Historia e integración Cultural del Cono Sur*, Instituto de Historia, Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, Subsele Concepción del Uruguay, Universidad Autónoma de Entre Ríos, 20 al 22 de octubre, 2005.

<sup>5</sup> Ver el capítulo V ("Los orígenes en el interior del país") de CATERINA, Luis María, *La Liga Patriótica Argentina*, Buenos Aires, Corregidor, 1995.

<sup>6</sup> GLÜCK, Mario, "Juan Álvarez (1878-1954): elementos para una biografía intelectual", *XI Jornadas Interescuelas / Departamentos de Historia*, Universidad Nacional de Tucumán, San Miguel de Tucumán, 19 al 21 de septiembre, 2007, pp. 1-2.

<sup>7</sup> CARBIA, Rómulo. *Historia crítica de la historiografía argentina*, Buenos

Juan Álvarez no podía ser considerado como un historiador, pese a su pertenencia a la Junta, ya que rechazaba las figuras individuales en sus análisis del pasado y vinculaba a éste con el presente. Los estudios de Álvarez, para Carbia, serían más “sociológicos” que “históricos”. En 1940, Carlos Ibarguren, por su parte, criticó el materialismo de Juan Álvarez y su descreimiento de los próceres<sup>8</sup>.

El consenso acerca de las virtudes de Álvarez como historiador comenzó en la década de 1950, tanto en el campo del revisionismo histórico como en el de los propios académicos<sup>9</sup>. También para aquellos historiadores vinculados a los “Anales”, la obra de Juan Álvarez revistió aristas interesantes, como la preocupación por el medio geográfico, la historia regional como eje de análisis, y la historia económica sobre bases sólidamente cuantificables<sup>10</sup>. Dentro de esta corriente, el juicio más relevante es el de Halperín Donghi, quien en 1955, escribía: “No puede decirse que con Juan Álvarez se haya malogrado un historiador... Es, en cambio, menos inexacto decir que con Juan Álvarez se ha malogrado una oportunidad para la historiografía argentina. Hasta tal punto su esfuerzo aparece, solo y aislado frente a una investigación

Aires, Imprenta y Casa Editora Coni, 1940 (1925).

<sup>8</sup> IBARGUREN, Carlos, “Discurso de don Carlos Ibarguren en la recepción de don Juan Álvarez”, en *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, Buenos Aires, N° 31, Tomo VIII, julio-septiembre, 1940.

<sup>9</sup> Entre los primeros, trataron elogiosamente la obra de Juan Álvarez Mondragón, D’Atri, Rosa, Jauretche, Puiggrós, Ramos, y más recientemente Galasso. Ver JAURETCHÉ, Arturo, *Política nacional y revisionismo histórico*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1970, y GALASSO, Norberto, *La larga lucha de los argentinos. Y cómo la cuentan las diversas corrientes historiográficas*, Buenos Aires, Ediciones del Pensamiento Nacional. Entre los académicos, 2001, ver GIANELLO, Leoncio, “Labor historiográfica de Juan Álvarez”, en *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, ANH, Buenos Aires, Año XXXIV, N° XXVIII, 1958; GIRBAL de BLACHA, Noemí, “La economía y los historiadores”, en *Academia Nacional de la Historia, La Junta de Historia y Numismática Americana y el movimiento historiográfico en la Argentina (1893-1938)*, ANH, Buenos Aires, Tomo II, 1996.

<sup>10</sup> VIDELA, Oscar, *Op. Cit.*, p. 11.

histórica que toma con orgullosa confianza otros rumbos<sup>11</sup>”. Años más tarde, sin embargo, en 1964, el mismo Halperín Donghi criticaría el “rígido determinismo económico” de los textos de Álvarez<sup>12</sup>.

Desde perspectivas marxistas, los reconocimientos y las objeciones han corrido parejas. En 1972, Alberto Plá tomaba a Juan Álvarez como punto inicial de la historiografía económica y social posterior a la tradición liberal y revisionista, y reconocía como aporte importante su análisis de las clases sociales<sup>13</sup>. En un trabajo más reciente, Roberto Tarditti<sup>14</sup> criticó a Juan Álvarez, definiéndolo como un intelectual orgánico de las clases dominantes.

En los últimos años, y desde análisis que van más allá de lo estrictamente historiográfico, además de los citados trabajos de Glück<sup>15</sup> y Videla, han aparecido una serie de textos que versan sobre diferentes aspectos ideológicos de la obra de Álvarez. La mayoría de ellos han sido agrupados en el libro de 2000 compilado por Élica Sonzogni y Gabriela Dalla Corte<sup>16</sup>.

<sup>11</sup> HALPERÍN DONGHI, Tulio, “Juan Álvarez historiador”, en HALPERÍN DONGHI, Tulio, *Ensayos de historiografía*, Buenos Aires, Ediciones El Cielo por Asalto/Imago Mundi, 1996, p. 67.

<sup>12</sup> HALPERÍN DONGHI, Tulio, “Intervención de Halperín Donghi en el debate de su ponencia ‘Para un balance de las Investigaciones de Historia Económica en la Argentina’”, en: *Jornadas de Historia y Economía Argentina en los siglos XVII y XIX*, Instituto de Investigación Histórica, Rosario, 1964, p. 30.

<sup>13</sup> PLA, Alberto J., *Ideología y método en la historiografía argentina*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1972.

<sup>14</sup> TARDITI, Roberto, “La lucha de la clase obrera según un intelectual de la Nueva Escuela Histórica: Juan Álvarez”, *III Jornadas de Investigaciones Histórico-sociales de Razón y Revolución*, 2003.

<sup>15</sup> De Mario Glück ver también “El otro Centenario: universalismo y particularismo en la formación de una identidad nacional. Un aspecto de la discusión intelectual entre 1900 y 1916” en: *Cuadernos del CIESAL*, Año 6, N° 6-7, 1999-2000, y “La Nación según Juan Álvarez”, Segunda Parte del Informe de Trabajo Final. Becas de la Subsecretaría de Cultura de la Provincia de Santa Fe (mimeo).

<sup>16</sup> SONZOGNI, Élica - DALLA CORTE, Gabriela (compiladoras), *Intelectuales rosarinos entre dos siglos. Clemente, Serafín y Juan Álvarez*.

Aquí, la familia Álvarez es considerada en su conjunto como integrante de la burguesía rosarina y desde la perspectiva de una historia intelectual, sobre todo a través del análisis de la obra de Serafín Álvarez y de sus hijos Juan y Clemente.

### *Coherencia y continuidad ideológica*

Juan Álvarez nos sorprende por su coherencia conceptual, extendida regularmente a lo largo de toda su vida, desde su tesis de Doctor en Jurisprudencia de 1898 hasta su *Historia de Rosario*, de 1943. Pueden identificarse en su obra una serie de núcleos temáticos que, entre 1898 y 1943, se encargó de ir desarrollando y encadenando lógicamente entre sí. El cimbronazo de la Gran Guerra de 1914-1918, la Revolución Rusa de 1917, la Semana Trágica de 1919, atravesaron inevitablemente su obra, pero no resintieron sus cimientos. Así, en su *Estudio sobre la desigualdad y la paz*, de 1927, hizo frente a los nuevos dilemas sociales e internacionales sin renegar de los principios liberales clásicos que habían nutrido su juventud. A los sesenta y cinco años de edad, con su *Historia de Rosario*, completó su gran tesis sobre la historia argentina y regional, que comenzara a esbozar a los veinte.

Juan Álvarez fue, hasta su muerte acaecida en 1954, un liberal de raíces alberdianas. No obstante ello, su liberalismo fue siempre crítico y flexible. Podríamos decir que, aún cuando muchas veces apelara a los principios más tradicionales, a los que siempre se mantuvo fiel, no tuvo problemas en adaptar su ideología a las nuevas circunstancias y en objetar las fallas del proyecto del Ochenta. Una serie de núcleos temáticos jalona los libros y artículos de Álvarez, a saber:

1-Pensamiento liberal crítico o renovador, pero fiel a sus principios clásicos fundacionales.

2-Tesis contractualista, no esencialista, del origen de la nacionalidad argentina.

*Identidad local y esfera pública*, Rosario, Prohistoria & Manuel Suárez Editor, 2000.

3-Anticriollismo y antihispanismo sin concesiones, y rechazo absoluto a la etapa anterior a 1853.

4-Rechazo de toda historia mítica y de toda veneración del pasado.

5-Promoción de una historia científica y de un estudio sistemático de los hechos y procesos.

6-La nacionalidad argentina anclada en el porvenir, no en el pasado, y concebida como un proyecto cívico, económico y práctico, no sentimental ni tradicionalista.

7-El rol protagónico de Rosario dentro de este proyecto nacional, y la defensa a ultranza de su identidad urbana específica y única.

8-Una visión de la historia argentina desde el Litoral y desde Rosario, objetando la "macrocefalia porteña".

9-La relación entre inmigración, educación pública y construcción de una identidad nacional argentina.

10-La cuestión social.

11-La cuestión de la lengua.

En este artículo tocaremos los puntos 1, 2, 3, 4, 5 y 6.

### *La hibridez de la nacionalidad argentina*

En su tesis doctoral de 1898 Juan Álvarez negó que la nacionalidad argentina fuese una entidad preexistente a la Constitución Nacional de 1853. Si en este año se dio un principio federal de organización política para el país, por el cual las provincias aceptaron unirse en un proyecto común, esto no significaría que hubiese una identidad nacional: "[...] las provincias eran entidades que vivían aisladas, y se llevaban mal unas con otras. Prescindiendo de los intereses del momento que motivaron muchas guerras, haré notar que es otro error el creer que los argentinos tienen el mismo origen, pertenecían a la misma raza y hablaban idéntico idioma, antes de 1853 [...] estamos de acuerdo en que las distancias y la falta de ferrocarriles engendraron las autonomías provinciales, pero

se asegura que existía una *nacionalidad argentina*. También es falso<sup>17</sup>”.

Lo que advierte Álvarez es la gran diversidad étnica y lingüística del país, suficiente, a su juicio, para desestimar la tesis de una nacionalidad argentina unívoca para todos los habitantes de aquel extenso territorio. No habría habido, tampoco, intereses comunes de ninguna índole. Las guerras civiles serían una clara prueba de ello: “Es imposible considerar que los mestizos calchaquies son idénticos a los guaraníes o araucanos. Aún ahora basta visitar las provincias del Norte, para convencerse de ello. En cuanto al idioma tan no era uniforme, que la Asamblea de 1813 reconoció como idiomas nacionales, al castellano, al guaraní y al quichua [...] Que los intereses no eran idénticos, lo demuestran las guerras. En consecuencia, si no había ni identidad de territorio, porque estaba disgregado, ni identidad de intereses, ni de origen, ni de lengua, ni de simpatía: ¿en qué consistía la tan decantada nacionalidad argentina?”<sup>18</sup>”

Álvarez, como la mayoría de los pensadores de la Generación del Centenario -a la que pertenecía- consideraba a las autonomías provinciales como fundacionales de la moderna República Argentina. La Constitución Nacional había sido la fórmula de consenso que permitió zanjar las diferencias interregionales más acusadas, viabilizando una unión federal, y esta circunstancia era crucial para él. Paralelamente, es de notar el interrogante que, en una fecha tan temprana de su formación intelectual como el año 1898, ya se había planteado el joven intelectual: “¿en qué consistía la tan decantada nacionalidad argentina?”. Las respuestas, como comprobaremos a continuación, serían desarrolladas en los años siguientes, en sucesivos textos de corte histórico.

En 1908 Juan Álvarez publicó un breve ensayo titulado

<sup>17</sup> ÁLVAREZ, Juan, *El Gobierno Nacional no puede exonerar de impuestos provinciales a las empresas industriales o comerciales (tesis presentada para optar al grado de Doctor en Jurisprudencia)*, Rosario, Imprenta Hispano-Americana, 1898, p. 21.

<sup>18</sup> ÁLVAREZ, Juan, *Op. Cit.*, p. 22.

*Orígenes de la música argentina*, en el cual rastreó la génesis de una serie de ritmos y bailes considerados, ya para entonces, “nacionales”. Pero el objetivo de Álvarez era más ambicioso: demostrar que aquellos elementos culturales reputados como autóctonos, entre los que se contaban la música y el baile “criollos”, ciertos atuendos y armas del gaucho, las mismas “payadas de contrapunto”, etc., eran el resultado de influencias extranjeras, y que la nacionalidad argentina no tenía un origen épico ni legendario, sino que era el resultado, artificial, y por momentos artificioso, de un proceso histórico y material. Es que en vísperas del Centenario de la Revolución de Mayo, el nacionalismo telurista en expansión ensalzaba al gato, al pericón, al minué, y hasta a las canciones y marchas patrióticas, como íconos de un pasado gaucho y heroico. Y esto es, precisamente, lo que Álvarez se propuso combatir.

Así, en las páginas de *Orígenes...* se demuestra que la *faca* española es el ancestro del facón, que el trabuco empleado por los gauchos fue introducido por los andaluces, que la taba tiene una historia que se remonta hasta la época de Cristo, que el chambergo fue invento del mariscal Chamberg de Carlos II, y así sucesivamente. Lo que Álvarez afirmaba, sin ambages, era que toda nacionalidad -no sólo la argentina- se forja con materiales heteróclitos, provenientes de fuentes y lugares distintos. Es lo que explícitamente enunciaba al comienzo mismo de su obra: “Bajo pretexto de música criolla he agrupado algunos datos que se refieren a la nacionalidad argentina cuyo debilitamiento oigo lamentar [...] A mi juicio estos datos contribuyen a la demostración de que los argentinos no fueron antes más argentinos, como se afirma, sino simplemente más españoles, más indios o más negros, como consecuencia de una fusión étnica menos compleja, o, en otros términos, que ser más criollos sólo significó para ellos tener una nacionalidad tan variable y tan poco caracterizada como la de que hoy disponemos. Quizás parecido argumento puede hacerse respecto de todas las nacionalidades patentadas<sup>19</sup>”.

El producto de esta “fusión étnica”, para Álvarez, no

<sup>19</sup> ÁLVAREZ, Juan, *Op. Cit.*, p. 8.

podía ser nunca una entidad inmutable, siempre idéntica a sí misma, sino que, por el contrario, toda nacionalidad sería cambiante por definición, y por esta misma causa imprecisa en sus términos. “Es que en verdad toda nacionalidad importa sólo un aspecto fugaz de la vida colectiva”, seguía escribiendo Álvarez. Para él, era la historia la que forjaba a las naciones, y no a la inversa.

Pero volviendo a la música “criolla”, su intérprete original, el gaucho, que hacia fines del siglo XIX ya ni siquiera existía y que había sido reemplazado por el peón rural, tampoco, según Álvarez, podía ser considerado un creador, ni mucho menos un artista: “Los gauchos -niños grandes- poniendo su desidia al servicio de lo viejo, limitáronse a repetirlo: jamás inventaron un instrumento, ni aprendieron a manejar las flautas indias, ni lograron siquiera fabricar castañuelas cuando España dejó de enviarlas [a continuación, sigue una nota al pie de página] En verdad, ni aprendieron siquiera a cortar el cuero para transformarlo en zapatos. Demuestra el general Mansilla en su ‘Viaje a los Ranqueles’ que vivían con menos comodidades los criollos que los indios<sup>20</sup>”.

Para reforzar sus hipótesis Álvarez subrayaba que, en el momento en que escribía, la música “criolla” era desconocida para gran cantidad de argentinos. Pocas personas conservaban las tradiciones y destrezas típicas del gaucho y de la antigua campaña rioplatense, vinculadas al uso del caballo, el facón, el lazo y las boleadoras. Es que para Álvarez la nacionalidad argentina no tenía nada que ver con estas cosas: “Cantidad de argentinos nacen y mueren sin haber oído un ‘Gato’, sin sospechar que el ‘Malambo’ y la ‘Chacarera’, el ‘Triunfo’ y la ‘Firmeza’, hayan sido o sean música criolla. Tan difícil les sería bailarlos como bolear un potro o degollar a un adversario político: los tiempos cambian, y ya no consiste en eso la nacionalidad argentina [...] Modificarse no es morir; y si el Presidente de la República no sabe ya enlazar un novillo, tanto mejor<sup>21</sup>”.

<sup>20</sup> ÁLVAREZ, Juan, *Op. Cit.*, p. 16.

<sup>21</sup> ÁLVAREZ, Juan, *Op. Cit.*, pp. 21-22.

Sin embargo, podemos detectar unas pocas “concesiones”, por así decirlo, al criollismo. Es que, según Álvarez, la música criolla, aunque híbrida, había terminado por representar, de grado o por la fuerza, al menos a una parte de la nacionalidad argentina, con la que se había identificado: “Pero a despecho de todo esto subsiste algo en el conjunto de la música gaucha que si no en todos los casos, por lo menos en muchos la hace inconfundible. En efecto, un ‘Gato’, aún con variaciones de ‘Vals’, sigue siendo ‘Gato’. Si antes esa música caracterizó a otro grupo étnico, hoy sólo caracteriza a determinadas regiones de la América del Sud: negarlo sería tan exacto como negar que existe el idioma castellano porque las palabras que hoy lo componen son semejantes a las que compusieron otros idiomas en otro tiempo<sup>22</sup>”.

En consecuencia, la música criolla -que hoy preferiríamos llamar “folklorica”- sería inseparable de esa ambigua “nacionalidad argentina” que para Álvarez no podía sino ser efímera. En otras palabras, estaría condenada a desaparecer algún día o a seguir modificándose.

Pero esta situación no sería negativa en absoluto. La nacionalidad argentina, debería ir formándose de esta manera, según el espíritu liberal de la Constitución del '53, y sobre todo, con el aporte de los inmigrantes: “En definitiva, las yuxtaposiciones sólo demuestran que nos vamos aproximando al hermoso sueño de los Constituyentes del '53: fundir en una sola raza nueva las energías de cuantos hombres quisieran habitar el territorio argentino<sup>23</sup>”.

La nueva “raza argentina” era la meta utópica a alcanzar por intelectuales de la época como Juan Álvarez, Estanislao Zeballos, José María Ramos Mejía, Carlos Octavio Bunge, y otros. También la idea de “crisol de razas” tiene lugar aquí, esto es, el proceso de fusión de todas las identidades colectivas de los inmigrantes en una sola, flamante y superadora. Una idea que adolece de cierta connotación violenta: el crisol no es otra cosa que el recipiente en el cual los metales, sometidos

<sup>22</sup> ÁLVAREZ, Juan, *Op. Cit.*, p. 28.

<sup>23</sup> ÁLVAREZ, Juan, *Op. Cit.*, p. 28.

a altísimas temperaturas, se funden, tornándose líquidos, y al entremezclarse inextricablemente dejan de existir, se destruyen para construir un material nuevo.

Otra "concesión", si bien modesta, de Álvarez al pasado más lejano, es el reconocimiento de la "tierna suavidad" de las quenas y de la expresividad de los yaravies en las vidalitas<sup>24</sup>. Nótese, sin embargo, que el elogio está dirigido a un instrumento musical inventado por los indígenas, no por los gauchos.

La desvalorización del criollismo o "gauchismo" se vincula íntimamente a la hispanofobia. El gaucho era para Álvarez un "español rancio"<sup>25</sup>, un resabio del atraso y de la indolencia aportadas por el español. Es que, en vísperas del Centenario, la posición frente a España y a su legado cultural dividía aguas entre intelectuales de diversas vertientes ideológicas<sup>26</sup>.

### *Desmitificación de la historia nacional y regional*

En Juan Álvarez la influencia del positivismo tiene su peso relativo, y se expresa en un esfuerzo sistemático por trascender la mera descripción, buceando en las causas económicas, sociales y políticas. Como historiador, puede considerársele innovador, por sus planteos y por su metodología de trabajo. Tanto en *Orígenes de la música argentina* como en *Ensayo sobre la historia de Santa Fe* (1910), *Las guerras civiles argentinas* (1914), *El problema de Buenos Aires en la República* (1918) e *Historia de Rosario* (1943), se investiga a partir de hipótesis, sustentadas ulteriormente con pruebas documentales y con un análisis crítico de los hechos y procesos. La relevancia asignada a los factores materiales, esto es, a la economía, el descreimiento -mas no la descalificación absoluta- del factor

individual en la historia, y una visión alternativa del pasado nacional desde Rosario y desde el Litoral, son las líneas de acción que atraviesan estos trabajos.

Juan Álvarez no pretendía escribir una historia patriótica, que glorificara a la Nación, falseando la verdad, pergeñando mitos fundacionales teñidos de épica, y confiriéndoles a ciertos hombres el carácter de próceres y hacedores. Consecuente con esta línea de pensamiento, el origen de la nación argentina, como el de toda nación, se vinculaba para él con cuestiones estrictamente prácticas y materiales. El año 1810 no marcó, en su visión, el nacimiento de la patria, sino el inicio de la traumática fragmentación del Virreinato del Río de la Plata, concebido éste como una amplia unidad territorial, administrativa y económica. Creado en 1776 como un desprendimiento del Virreinato del Perú, se asentaba sobre el eje de la ruta comercial del Alto Perú (hoy Bolivia). Inmenso desierto, apenas poblado por algunas tribus indígenas y por un puñado de pequeñas ciudades-oasis, el Virreinato del Río de la Plata tenía su principal fuente de recursos en las minas de plata de Potosí<sup>27</sup>.

Contrariamente a lo que sostendrían los historiadores nacionalistas argentinos del siglo XX, Juan Álvarez consideraba que a partir de 1810 el mantenimiento de la unidad territorial virreinal, heredada de los españoles, se había tornado inviable. Ya no era posible, de ninguna manera, retornar a la situación anterior. Así, las segregaciones del Alto Perú y del Paraguay habrían resultado inevitables. En cuanto a la Banda Oriental (hoy Uruguay), habría sido un caso distinto, producto de una guerra contra el entonces Imperio del Brasil, guerra que Juan Álvarez reputaba como insensata.

Para Álvarez, las regiones económicas se diseñan artificialmente. Primero fue la lógica imperial española la que vertebró el eje comercial Potosí-Buenos Aires. Más tarde, la Constitución Nacional de 1853, fue la "fórmula práctica" que solucionó los conflictos interregionales y permitió la integra-

<sup>24</sup> ÁLVAREZ, Juan, *Op. Cit.*, p. 51.

<sup>25</sup> ÁLVAREZ, Juan, *Op. Cit.*, p. 59.

<sup>26</sup> El más fervoroso hispanista de la Generación del Centenario fue Manuel Gálvez, y en menor medida, Ricardo Rojas. Ambos visitaron España y escribieron elogiosos libros de viaje sobre este país y su influencia bienhechora sobre la Argentina y América.

<sup>27</sup> Estas ideas son desarrolladas en las primeras páginas de ÁLVAREZ, Juan, *Las guerras civiles argentinas*, Buenos Aires, Taurus, 2001 (1914).



ción de las provincias en la nueva República Argentina. En la visión de Álvarez, el acuerdo de 1853, aunque precario y consolidado sólo a partir de 1880, sentó los verdaderos pilares de la nacionalidad argentina, esto es, la supresión de las aduanas interiores, la nacionalización de la aduana porteña, la libre navegación de los ríos, la habilitación de nuevos puertos -entre ellos, el de Rosario-, la formación de un tesoro federal, con un sistema de subsidios y compensaciones a las provincias más pobres y, finalmente, la creación de un Senado Nacional<sup>28</sup>.

En el ínterin, el ferrocarril se encargó, por su parte, de acortar distancias que pocos años atrás habían sido desmesuradas, y de vincular a regiones que, en muchos casos, se hallaban ligadas económicamente a países limítrofes. El ejemplo de las provincias cuyanas y de Chile resulta paradigmático. Fueron las vías férreas las que permitieron encauzar la producción de Mendoza, San Juan y San Luis hacia el puerto de Buenos Aires. En otras palabras, el ferrocarril posibilitó la creación de un mercado nacional, condición *sine qua non*, según Álvarez, para la existencia de cualquier país moderno.

¿Cómo se desarrolló este proceso en la provincia de Santa Fe? En *Ensayo sobre la historia de Santa Fe*, Juan Álvarez no sólo escribió una historia del actual territorio santafesino desde la llegada misma de los españoles, sino que intentó explicar, muy particularmente, la transición de la etapa criolla, signada, según él, por el atraso material y moral, hacia una nueva época de prosperidad y civilización. La idea de la inexorabilidad del progreso es perceptible en las páginas de *Ensayo sobre la historia de Santa Fe* pero además puede advertirse en ellas que lo "viejo" y lo "nuevo" se enfrentaron siempre, y que más de una vez esto implicó el derramamiento de sangre humana. Para llegar a la prosperidad y a la paz inauguradas en la década de 1880, el estado provincial debió encauzar una violencia que en Santa Fe venía de larga data, y que se había tornado endémica.

Las innumerables revoluciones, sofocadas o triunfantes, los gobernadores desplazados por la fuerza, que a veces retornaban

por la misma vía, el degüello de los adversarios políticos, las montoneras que respondían a ciertos caudillos comarcales azotando la campaña, y los comicios fraudulentos, fueron la nota distintiva también en la segunda mitad del siglo XIX. El arribo creciente de los inmigrantes, la instalación de colonias agrícolas y el tendido de vías férreas convivieron angustiosamente con este tipo de situaciones:

"Por desgracia el pasado estaba demasiado próximo y fue preciso sufrir sus efectos: la atmósfera de valentía personal creada por las guerras y revueltas, incitaba al desorden. Cada atrio era un campo de batalla al que acudían los electores con el deliberado propósito de morir y matar, por simple afecto al caudillo unas veces, por precio -en el que se incluía la daga- otras<sup>29</sup>".

En el pensamiento de Juan Álvarez, la llamada "política criolla" encarnaba del modo más brutal ese pasado de barbarie que se pretendía superar definitivamente, para alcanzar un porvenir de progreso y de ventura. Sin embargo, consideramos que ese "pasado" que Álvarez caracterizaba como "demasiado próximo" era en realidad mero presente, un presente que no era para nada "viejo" sino que seguía siendo joven y gozando de excelente salud. Por otra parte, lo "nuevo" -léase la inmigración, la agricultura, el ferrocarril, el telégrafo, el vapor, etc.- no era otra cosa que un elemento exógeno en pleno proceso de aclimatación a un ambiente hostil.

Los esfuerzos dramáticos de los colonos europeos por imponer la agricultura en un suelo cuya fertilidad luego se ensalzaría pero que en un primer momento resultó harto difícil hacer rendir, la lucha, siempre desigual, contra las mangas de langostas, la sequía, el granizo, las inundaciones, las malezas, sería equiparable, de algún modo, con la otra lucha, de carácter militar, que debió emprender el estado provincial para reprimir y encauzar la violencia.

El período 1871-1883, en Santa Fe, se identifica profundamente con la gestión política y personal de Simón de Iriondo,

<sup>28</sup> ÁLVAREZ, Juan, *Op. Cit.*, p. 21.

<sup>29</sup> ÁLVAREZ, Juan, *Ensayo sobre la historia de Santa Fe*, Buenos Aires, Establecimiento Tipográfico Malena, 1910, p. 368.



fallecido en 1883, quien fuera en estos años gobernador de la provincia, senador nacional y Ministro del Interior. En 1867, fue el principal instigador de la revolución que derrocara al gobernador Nicasio Oroño, cuya gestión abiertamente liberal suscitara fuertes rechazos. Oroño, conocido como el “Rivadavia chico”, había creado el Registro Civil, el primero que existiera en el país, y había secularizado los cementerios, entre otras medidas consideradas anticlericales. La intervención federal propició la celebración de nuevos comicios, que llevaron a la elección de Mariano Cabal. Iriondo, por su parte, se convirtió en ministro suyo. En 1871, en tanto, fue elegido gobernador e inició, paradójicamente, una gestión tan progresista, en muchos aspectos, como la que había intentado llevar adelante Oroño, pero combinada con ciertos rasgos autoritarios que le permitieron allanar las resistencias más enconadas<sup>30</sup>.

Fue Iriondo, según Álvarez, quien logró la cohesión militar y represiva de la provincia. Como no podía eliminar totalmente a aquellos “hombres de acción”, el gobierno optó por “utilizar sus servicios”<sup>31</sup>. En otras palabras, contrató a los mismos caudillos y montoneros, repartiéndolos entre la policía, las cárceles y la Guardia Nacional<sup>32</sup>. Por otra parte, debe recordarse que hasta 1879 la provincia de Santa Fe debió lidiar con dos fronteras indias a la vez: la del sur y la del norte. La primera fue suprimida a resultas de la Expedición del Desierto de Roca, pero la segunda siguió siendo un problema hasta bien entrado el siglo XX. Sin embargo, cabe destacar que el norte santafesino, más despoblado y pobre, no formaba parte de la fértil región triguera, sino de la llanura chaqueña. Su

<sup>30</sup> PAYÁ, Carlos – CÁRDENAS, Eduardo, *El primer nacionalismo argentino en Manuel Gálvez y Ricardo Rojas*, Buenos Aires, Peña Lillo Editor, 1978, pp. 42-43 y DE MARCO, Miguel Ángel y otros, *Historia de Santa Fe*, Rosario, Librería Apis, 1992, pp. 89-103.

<sup>31</sup> ÁLVAREZ, Juan, *Ensayo sobre la historia de Santa Fe*, Op. Cit., p. 370.

<sup>32</sup> Las “guardias nacionales”, luego suprimidas, eran el nombre de los ejércitos provinciales, los cuales convivieron mucho tiempo con el ejército nacional.

historia económica está, por lo tanto, ligada a la explotación del quebracho, y a la ganadería.

El caso santafesino, con sus peculiaridades, no deja de ser un botón de muestra de lo que sucedió en este período, y a escala mayor, en toda la llanura pampeana. Aquel desierto inconmensurable, sin alambrados ni cercos, casi sin árboles, y cubierto de pajonales y cardales, terminaría por ser literalmente “domado”. Juan Álvarez no dejaba de celebrar este duro triunfo: “Ya no es el mismo el territorio, y la naturaleza no pesa sobre nosotros como pesó sobre nuestros abuelos con toda la desolación de su pobreza. Y si aún no está vencido el enemigo, si aún los labradores santafesinos escudriñan con angustia el horizonte en espera de la lluvia, si aún las langostas heridas por el sol marcan con sus alas puntos luminosos en el espacio, si aún el río inunda y las heladas destruyen, podemos ya confiar en que esos males difícilmente alcanzarán a un tiempo a todo el territorio, a todos los plantíos y a todos los ganados. Con los millones de toneladas que produce un año bueno y que se almacenan a lo largo de los rieles y los puertos en líneas de colinas huecas, es posible ya esperar tranquilamente a los años malos; praderas y arroyos artificiales defienden a las haciendas; ejércitos de máquinas esperan un impulso para ayudar al hombre; y ochocientos mil habitantes pueden ya jactarse de que sobre la pampa domada han dejado de imperar sin contralor los insectos y los vientos que sobre ella imperaron en otro tiempo como señores absolutos<sup>33</sup>”.

Con este largo párrafo, Juan Álvarez cerraba su *Ensayo sobre la historia de Santa Fe*, diferenciándose de los intelectuales criollistas contemporáneos, quienes, por el contrario, lamentaban amargamente esta “domesticación” de la llanura y añoraban, como un paraíso perdido, aquella “desolación” y aquella “pobreza” que Álvarez recordaba con el alivio del vencedor.

<sup>33</sup> ÁLVAREZ, Juan, *Ensayo sobre la historia de Santa Fe*, Op. Cit., p. 414.

### **Identidad nacional y educación: argentinizar al hijo del inmigrante**

El *Ensayo sobre la historia de Santa Fe* es el primer trabajo abarcador del pasado regional y nacional escrito por Juan Álvarez. Y, aunque ya con anterioridad lo sugiriera, de alguna forma, en *Orígenes de la música argentina*, es en *Ensayo...* en donde la dicotomía entre población nativa e inmigración europea se plantea abiertamente por primera vez.

Juan Álvarez afirmaba, basándose en los “censos y tablas demográficas”, que los “doce o quince mil habitantes de 1810 no hubieran podido producir ochocientos mil un siglo después”<sup>34</sup>. Valiéndose de estas pruebas objetivas, señalaba que había sido la inmigración europea la que pobló la provincia. Sin embargo, cabe aclarar que, si bien ésta fue mayoritaria, también hubo un importante aporte criollo, vía las migraciones del Interior provenientes de otras provincias. Asimismo, se produjo un nuevo y generalizado mestizaje, del que participaron los nativos y que, como el mismo Álvarez reconocía, propició la asimilación de los extranjeros.

No obstante ello, la preferencia de Álvarez apuntaba decididamente a los recién llegados y a sus hijos argentinos, quienes, según él, resultaban más apegados a la tierra que los mismos criollos: “[...] los niños son argentinos por nacer en territorio argentino, pero muchos de ellos proceden de padre y madre extranjeros. Es curioso cómo esos hijos de extranjeros resultan más apegados al país que los propios hijos de argentinos, y cómo éstos se sienten lastimados al comprobar que se ha vuelto una realidad el bello gesto de los constituyentes de 1853, que abrían el territorio a todos los hombres de buena voluntad que quisieran fecundarlo”<sup>35</sup>.

Para Álvarez, a diferencia de los intelectuales teluristas, resultaba absolutamente falsa la idea de que los descendien-

tes de los primeros conquistadores, sólo por una cuestión de antigüedad de linaje, fuesen más argentinos que los hijos de los europeos: “Se diría [...] que los recién llegados han hecho mal en considerarse iguales a los venidos antes. De aquí nace el vago anhelo de que los argentinos con progenitores criollos constituyan una especie de aristocracia que prime sobre los procedentes de padres extranjeros; y de aquí también la utopía de constituir una nacionalidad argentina, a base de piel morena y antepasados ilustres”<sup>36</sup>.

Esta tensión entre criollos y europeos, o entre “viejos” y “nuevos” argentinos, no revestiría, para Álvarez, mayor importancia. Es que, por vía de la asimilación producida entre 1880 y 1910 este conflicto habría disminuido paulatinamente. Sin embargo, y tal como lo había hecho con anterioridad en *Orígenes de la música argentina*, Juan Álvarez admitía que la mayor parte de los inmigrantes poseía un nivel cultural inferior al de los “braceros argentinos”<sup>37</sup>. Pero esta aserción es engañosa. Porque aún analfabetos, los europeos seguían resultando más útiles, para él, que los criollos: “[...] parecería una de las más paradójales contradicciones de la política argentina esto de sembrar escuelas e importar al mismo tiempo ignorantes, si no mediase la circunstancia de que el analfabetismo de los gauchos pastores era irreductible y agresivo, en tanto que el traído por los agricultores extranjeros fue manso, significó la población, y pudo ser combatido por el maestro”<sup>38</sup>.

Al llegar a este punto, nos adentramos en una problemática común a Álvarez, y a otros intelectuales que transitaron el pasaje del siglo XIX al XX: la educación. Ésta, según Álvarez, resultaba insuficiente por entonces, y no sólo en lo que respecta al número de escuelas y de alumnos, a la idoneidad del personal docente, y a la infraestructura edilicia. En realidad,

<sup>36</sup> ÁLVAREZ, Juan, *Ensayo sobre la historia de Santa Fe*, Op. Cit., p. 397.

<sup>37</sup> ÁLVAREZ, Juan, *Ensayo sobre la historia de Santa Fe*, Op. Cit., p. 397.

<sup>38</sup> ÁLVAREZ, Juan, *Las guerras civiles argentinas*, Op. Cit., p. 139.

<sup>34</sup> ÁLVAREZ, Juan, *Ensayo sobre la historia de Santa Fe*, Op. Cit., p. 396.

<sup>35</sup> ÁLVAREZ, Juan, *Ensayo sobre la historia de Santa Fe*, Op. Cit., pp. 396-397.

lo más grave era el contenido de la enseñanza, y sobre todo sus objetivos, que para él, no resultaban claros ni útiles.

La cuestión educativa, muy someramente mencionada en *Ensayo sobre la historia de Santa Fe*, cobra mayor vigor en *Las guerras civiles argentinas*, de 1914, y en un artículo de 1916 titulado "La escuela argentina y el nacionalismo". No es casual que Álvarez comenzase a abordar el tema en vísperas de la Gran Guerra de 1914-1918, precisamente en el momento en que la inmigración alcanzaba su pico. Una inmigración que seguía siendo imprescindible para el poblamiento y para el desarrollo económico del país, pero que distaba mucho de haber sido integrada. La amenaza de aquellas masas variegadas, e inclusive de sus hijos nacidos en el país, aún no se había disipado.

A diferencia de otros intelectuales contemporáneos que confiaban ciegamente en la naturalización masiva de los extranjeros, Álvarez no sólo se opuso siempre a ella, sino que hizo extensiva esta oposición a toda persona carente de la instrucción adecuada. Ya en su tesis de 1898 se había pronunciado a favor del voto calificado. En *Ensayo sobre la historia de Santa Fe* reafirmó esta posición al pintar con palabras duras y desesperanzadas el panorama electoral de la provincia en torno al Centenario de 1910: "Los extranjeros no votan. Políticamente, apenas si aportan otra cosa, que ideas monárquicas bien definidas, forman una masa neutra que dificulta los movimientos de la minoría electora (50.000 votantes sobre 800.000 habitantes). En cuanto a los argentinos acuden a votar algunas veces, pero sin la convicción del que ejercita un derecho propio. La mayoría vota porque así lo ordena el caudillo o la junta de caudillos que dirige al partido [...] El voto es entre nosotros una modalidad del caudillaje, y se utiliza con igual indiferencia por gubernistas y opositores<sup>39</sup>".

Vale recordar que este párrafo fue redactado antes de la promulgación de la ley Sáenz Peña. Pero la solución del problema era, para Álvarez, un asunto aún más complejo. En su visión,

sólo la educación cívica en las escuelas corregiría, a largo plazo, la indolencia política de los argentinos y conjuraría la amenaza de la inmigración. Los niños, en su mayor parte hijos de esos mismos extranjeros, se convertirían así en ciudadanos, que era lo que, según Álvarez, más necesitaba el país.

Hacia 1916, los avances de la educación pública ya eran importantes. Siendo Ramos Mejía el presidente del Consejo Nacional de Educación (entre 1908 y 1913), los programas de "argentinización" habían principiado a difundirse entre los alumnos. El canto del himno nacional, el culto a la bandera, la ritualización de los actos escolares patrióticos y la enseñanza de una historia "nacional" seguían propagándose. Pero Álvarez no creía que esto fuese suficiente. Es más, incluso objetaba los fundamentos mismos de estas disposiciones.

Es que para él la cuestión no pasaba por una estimulación afectiva sino por la transmisión de conocimientos y valores prácticos. El amor a la tierra natal, para él, surgía espontáneamente, sin necesidad de incentivarlo. Lo que en cambio resultaba más difícil era crear vínculos de solidaridad entre poblaciones dispersas en un territorio tan extenso como el argentino, y limitado por fronteras mayormente convencionales: "Pocos motivos de preocupación engendraría el problema del nacionalismo, si se redujese a inculcar a los habitantes amor hacia el idioma natal, la casa paterna, la escuela de los primeros años, la calle cien veces recorrida. Todo ello brota espontáneamente en el corazón humano y rara vez el tiempo o la distancia logran destruir sus hondas raíces. La dificultad comienza cuando se trata de crear sólidos vínculos de solidaridad entre hombres que no se conocen, y viven separados por cientos de leguas de las líneas irregulares de una frontera, trazada casi siempre al azar"<sup>40</sup>.

Ni la lengua española, ni la religión católica, ni el amor a la tierra y a las cosas natales alcanzaban, en la perspectiva de Álvarez, para cohesionar una nación en formación como la

<sup>39</sup> ÁLVAREZ, Juan, *Ensayo sobre la historia de Santa Fe*, Op. Cit., pp. 410-411.

<sup>40</sup> ÁLVAREZ, Juan, "La escuela argentina y el nacionalismo". Trabajo presentado al Congreso Nacional de Ciencias Sociales, Colegio Nacional del Rosario, julio 1916. *Revista Argentina de Ciencias Políticas*, p. 334.

argentina. Al mismo tiempo, los extranjeros, afincados aquí en número tan abrumador y sin compartir una identidad común a todos, podrían llegar a representar un factor de "debilidad y fracaso"<sup>41</sup> frente a posibles agresiones externas.

Unos años atrás, en coincidencia con el Centenario, Manuel Gálvez había proclamado, drásticamente: "La salvación de la República Argentina está en la guerra con el Brasil"<sup>42</sup>. Esta afirmación contiene en sí una realidad históricamente demostrada: toda identidad colectiva -étnica, nacional, de clase, política, etc.- se construye a partir de la oposición frente al otro, que por lo general es percibido como un enemigo o como una amenaza, real o figurada. Gálvez veía en la guerra contra el país vecino la posibilidad de aunar las voluntades hasta entonces dispersas: "La guerra haría que los pueblos se conociesen, reuniría a los argentinos en un ideal común, y despertaría en el país entero el sentimiento de la nacionalidad [...] La guerra convertiría en argentinos a los extranjeros y el espíritu cosmopolita quedaría destruido bajo la vasta conmoción patriótica. La guerra paralizaría por largos años la excesiva inmigración que nos desnacionaliza [...] Y una vez terminada, ya sea en el triunfo o en la derrota, el país se llenaría de recuerdos heroicos"<sup>43</sup>.

Para Manuel Gálvez, como para Ricardo Rojas, el país necesitaba imperiosamente de una épica que, aunque no tradujese la verdad de los hechos históricos, actuase como factor identitario de argentinos y extranjeros residentes por igual. No importaba tampoco que la guerra culminase en victoria o en derrota: en ambos casos, el propósito de argentinización masiva sería alcanzado.

Juan Álvarez se hallaba en las antípodas de estas concepciones. Para él, el pasado sólo debía ser abordado con las herramientas de la ciencia histórica, las cuales servirían para refutar los mitos antes que para fundarlos. Por otro lado, la

defensa de la soberanía nacional se vincularía estrechamente al bienestar general de la población y al respeto de sus derechos: "Si las ventajas de la independencia política y el gobierno propio alcanzan a cuantos vivan bajo el pabellón azul y blanco, no serán necesarios grandes esfuerzos de dialéctica para convencerlos de la conveniencia de defenderlo. Por el contrario, si las ventajas sólo favorecen a unos pocos, es de temerse que los restantes no pongan gran empeño en sostener tal estado de cosas. No serán patriotas, si la patria no se conserva para ellos. No entenderán defender su suelo, si ninguna porción de este suelo les pertenece"<sup>44</sup>.

Era el patriotismo sentimental el que Álvarez rechazaba sin concesiones, el mismo que hiciera eclosión durante los festejos del Centenario, trasuntando por momentos una violenta xenofobia<sup>45</sup>. Los niños, para Álvarez, debían en cambio ser educados en los ideales liberales, como futuros "demócratas y ciudadanos": "Salta a la vista que con tal criterio no se prepara a los alumnos contra las ideas disolventes que les esperan en la vida diaria y agitan a los que emigraron de Europa precisamente por no poder vivir en ella. Tienen que defenderse con emociones, no con argumentos, como si nuestra idea de patria se fundase en un concepto acientífico"<sup>46</sup>.

Los niños, según Álvarez, debían conocer objetivamente su país, su historia, su geografía, sus posibilidades reales de explotación económica, y no engañarse con un supuesto pasado de próceres guerreros y de gestas.

Once años después, en el *Estudio sobre la desigualdad y la paz*, Álvarez seguía desarrollando las mismas ideas, aplicadas ahora a la situación de las naciones en general: "Así entendida, la solidaridad con el pasado mantiene vivos los prestigios de la

<sup>44</sup> ÁLVAREZ, Juan, "La escuela...", *Op. Cit.*, p. 340.

<sup>45</sup> Con respecto a las tensiones que signaron los festejos del Centenario y a las agresiones físicas a extranjeros y/o anarquistas, ver, entre los trabajos más recientes. DEVOTO, Fernando J., "Imágenes del Centenario de 1910: nacionalismo y república", en NUN, José (compilador), *Debates de Mayo. Nación, cultura y política*, Buenos Aires, Gedisa, 2005.

<sup>46</sup> *Ibidem*, pp. 339-340.

<sup>41</sup> ÁLVAREZ, Juan, "La escuela...", *Op. Cit.*, p. 336.

<sup>42</sup> GÁLVEZ, Manuel, *El diario de Gabriel Quiroga. Opiniones sobre la vida argentina*, Buenos Aires, Taurus, 2001 (1910), p. 101.

<sup>43</sup> GÁLVEZ, Manuel, *Op. Cit.*, pp. 101-102.

guerra, y hasta aquellas naciones que surgieron pacíficamente se ven obligadas a tomar de modelo a los guerreros, bien porque los necesitasen alguna vez para atajar atropellos, bien porque aún sin tal antecedente importaría un suicidio descuidar las virtudes militares mientras los vecinos las ensalzan y viven con el arma al brazo. En lo interno, la escuela procura moderar esa idea innata por cuya virtud cada uno se cree superior a los otros; en lo externo, la exagera explicando que somos los mejores, lo fuimos o lo seremos<sup>47</sup>.

En 1927, como en 1916, Juan Álvarez seguía pensando que no era en la veneración del pasado en donde debía buscarse el fundamento o la razón de ser de una nación: "En fin de cuentas, el presente y el porvenir serán siempre lo principal, el pasado lo accesorio, y es inadmisibile que un país de amplísimos horizontes como el nuestro, concluya por recomendar en sus escuelas el quietismo, a fuerza de admirar el pasado y no dar indicaciones acerca de lo que conviene hacer en el porvenir<sup>48</sup>".

De acuerdo con esta lógica, la nación debía estar anclada, de firme, en el porvenir o, en otras palabras, en un proyecto a largo plazo, que seguía pensándose grandioso. Pero en *Estudio sobre la desigualdad y la paz* Álvarez avanzaba un poco más. Si las naciones tienen como "modelo" a los "guerreros" es porque, la mayoría de las veces, su origen ha sido violento. Para que un grupo humano ocupe determinado territorio fueron precisas guerras de liberación, de unificación, o invasiones. Siempre hubo otro al que vencer o desplazar: "El estudio de la historia nos revela cómo algunas guerras permitieron agrupar a los individuos en grandes estados, que sin ellas no se hubiesen formado, pues obstaban a la unión voluntaria puntos de vista o ideales contradictorios. La fuerza actuó como aglutinante

de los grupos dispersos, imponiendo violentamente a todos el sentimiento de justicia de los vencedores<sup>49</sup>".

Juan Álvarez señalaba también la existencia de otro tipo de naciones, formadas pacíficamente, sobre la base de la unión voluntaria, y citaba el caso australiano. Por otra parte, con mayor énfasis y mejores argumentos que en trabajos anteriores, se reafirma en *Estudio sobre la desigualdad y la paz* que las naciones no se fundan sobre la base de un "arte nacional", inexistente dadas las influencias cosmopolitas y la artificiosidad de las fronteras, ni tampoco lo hacen amparándose en una religión determinada, ni en una raza, idioma propio, o conjunto de costumbres peculiares. Así, una nación puede compartir con otras estos elementos, o incluir en su seno a diferentes lenguas, razas, religiones, hábitos, etc.

En verdad, la "conciencia de grupo", que nosotros llamaríamos "identidad nacional", se construiría, para Álvarez, con el auxilio parcial de estos factores, combinados con propósitos mucho más inmediatos: "Si bien separadamente, religión, raza, lengua, arte o costumbres no bastan para producir un sentimiento patriótico adaptable en todos los momentos a las movilizadas líneas de frontera, unidos todos esos elementos ofrecen cierta base a la propaganda nacionalista. Sobre ella se trabaja en el hogar, la escuela, la prensa, el gobierno y la plaza pública a fin de crear una 'conciencia de grupo' destinada a preferir a los componentes de la familia nacional sobre los extraños y mantener en los primeros el propósito de vivir juntos, con autonomía, sobre el terreno de los antepasados, ensanchado por nuevas adquisiciones. Esa conciencia y ese propósito forman los verdaderos cimientos de la nacionalidad y constituyen el mejor baluarte de la defensa del suelo patrio<sup>50</sup>".

Una de las ideas que cimientan *Estudio sobre la desigualdad y la paz*, y que aparece mencionada al pasar en este fragmento, es la de que las naciones son "familias", organizadas

<sup>47</sup> ÁLVAREZ, Juan, *Estudio sobre la desigualdad y la paz*, Cooperativa Editorial "Buenos Aires", Buenos Aires, Agencia General de Librería y Publicaciones, 1927, p. 87.

<sup>48</sup> ÁLVAREZ, Juan, "La escuela...", *Op. Cit.*, p. 337.

<sup>49</sup> ÁLVAREZ, Juan, *Estudio sobre la desigualdad y la paz*, *Op. Cit.*, pp. 12-13.

<sup>50</sup> ÁLVAREZ, Juan, *Estudio sobre la desigualdad y la paz*, *Op. Cit.*, pp. 103-104.

como sociedades de socorros mutuos, con el fin de ayudar solidariamente a sus componentes. Cada "familia nacional" ocuparía una porción de territorio, defendida celosamente de las intromisiones de las familias extranjeras.

Estas intromisiones tomarían la forma de agresiones bélicas, o de migraciones. Por eso el extranjero residente en otro territorio diferente del suyo, debería gozar de menos derechos que aquellas personas nacidas en el país: "Dentro del sistema de que cada cual se arregle como pueda, los hombres han ido agrupándose por razones de afinidad u otras, a fin de conseguir con la unión la fuerza, y con ésta las mejores posiciones. Toda patria es, u ofrece ser, una sociedad de socorros mutuos, una cooperativa, un modo de asegurar cierto bienestar presente o futuro a cuantos la constituyen. Por eso cuanto más fuertes o extensas, resultan más útiles [...] Hay, pues, algo muy sólido, muy material, bajo las nebulosas vaguedades afectivas de la nacionalidad. Cualquier grupo que en uso de la fórmula corriente '*j'y suis, j'y reste*', vive con holgura sobre territorios amplios y ricos, puede negarse a compartir sus ventajas con los demás hombres declarándolos extranjeros<sup>51</sup>".

Esta situación, seguía explicando Álvarez, constituiría una potencial fuente de conflictos bélicos, porque las tentaciones de expansión de las "familias nacionales" más poderosas estarían siempre latentes, y porque la presencia de ciudadanos de esas naciones en territorios de países más débiles implicaría también un peligro para éstos. Sin embargo, no puede decirse que en 1927 Juan Álvarez hubiese variado su posición a favor de la inmigración en la Argentina, ni mucho menos. Pero sí es posible entender mejor, al leer este texto, el porqué de su rechazo a la participación política de los extranjeros: "Ser extranjero, importa carecer del derecho de intervenir en la formación de las leyes y de ocupar cargos en el gobierno"<sup>52</sup>. El temor a que el control político del Estado pasase a manos foráneas está implícito en esta drástica afirmación de 1916, y

es tributario de una tradición liberal argentina que se remonta a Alberdi, quien, a pesar de alentar la inmigración europea, consideraba que ésta, una vez afincada aquí, debía limitarse a realizar tareas económicas, no políticas.

### Conclusiones

Aunque su madurez intelectual coincidió con la eclosión del "primer nacionalismo" o "nacionalismo cultural" del Centenario, Juan Álvarez guardó una sistemática fidelidad a los postulados ideológicos liminares, por así llamarlos, de la Generación del Ochenta, y se mantuvo alejado de cualquier género de patriotismo emocional. Sus planteos críticos respecto al proyecto liberal decimonónico no atacaron sus cimientos y más bien apuntaron a una revisión y redefinición parcial de los mismos. En ese sentido, la coherencia conceptual de Álvarez resulta llamativa desde el primero hasta el último de sus textos. La nacionalidad argentina estuvo ligada siempre, para él, a un proyecto concreto de país. Planteos esencialistas como los de Rojas, Gálvez y Lugones, entre otros, contrastan con las consideraciones pragmáticas de un pensador que, lejos de buscar en el ayer los fundamentos del presente, apostó desde un primer momento al futuro venturoso de la República Argentina.

<sup>51</sup> ÁLVAREZ, Juan, *Estudio sobre la desigualdad y la paz*, Op. Cit., pp. 106.

<sup>52</sup> ÁLVAREZ, Juan, "La escuela...", Op. Cit., p. 337.